

## Monseñor Gustavo J. Franceschi

Por GUILLERMO FURLONG

En el Sanatorio Británico, donde hace ya algunos años, falleció el Padre José Ubach Zöllner, acaba de terminar su carrera mortal otro gran sacerdote: Monseñor Franceschi. Ambos habían cruzado el Río, en misión cultural, pero no regresaron. Ubach Zöllner, teólogo, filósofo, matemático y astrónomo de singular prestancia era escasamente conocido fuera de los círculos científicos en los que actuó, aunque su *Teología Moral* contó con dos ediciones y su *Tratado de Psicología* llegó a tener ocho ediciones, y su monografía sobre *El origen del Hombre* no ha envejecido aún, y sus estudios de *re astronómica* son apreciados por los inteligentes en el ramo.

Plácida, aunque sorpresivamente, entregó su alma a Dios en el Sanatorio Británico el Jesuita argentino, y plácidamente, también, entregó el suyo a su Creador, en ese mismo establecimiento, al que estuvimos vinculados durante muchos años, en calidad de Catholic Chaplain, el gran sacerdote y altísima gloria del clero argentino, a quien nos referimos en estas líneas.

Monseñor Franceschi no llegó, como sabio, a rayar tan alto ni arar tan hondamente como el Jesuita, pero supo ascender a una alta cumbre, desde donde podía divisar todos los caminos y dominar todos los campos. En Ubach Zöllner dominaba la intensidad: era la herencia germana; en Franceschi prevalecía la amplitud: era la herencia francesa. Ni uno ni otro era un *homo unius libri*, pero mientras el primero se encerró en su castillo cuatrotorreado, el otro cruzaba los campos en todas las direcciones. Por eso Monseñor Franceschi fué más que un sabio, porque fué un sabio más humano. Fué un gran humanista. No nos referimos con este vocablo a su cultura clásica, latina y griega, sino a esa amplitud de espíritu con que abarcó todo lo humano. Ese curioso ser que puede ser lo

mejor y lo peor de la creación, y que llamamos hombre, fué el objeto de sus mayores preocupaciones, y todos sus afanes apostólicos y culturales no tenían otro fin. Le parecía que los hombres le pedían que les diera lo mejor que podía él darles, y aunque en su humildad creía que era harto poco eso "mejor de sí mismo", hemos de reconocer que lo dió todo, sin mezquinarse jamás.

Lejísimos del *homo homini lupus*, era plenisimamente el *homo homini homo*, lo que no es poco, y es más raro de lo que se cree, y lo era esforzándose en ser el *homo homini Christus*.

Sé que como seminarista colaboró en la revista *Democracia Cristiana*, y apenas ordenado de sacerdote en 1907 colaboró en *El Trabajo*, y hasta fué director de esa revista de los Círculos de Obreros, pero es de 1910 el primer gran ensayo de Monseñor Franceschi. *Digresiones sobre la semana de Mayo* era el título de ese estudio, y no son las impresiones de un viajero o turista, sino de un pensador, capaz de penetrar en las ultirioridades de los hechos. En ese artículo originalísimo del joven Franceschi aparece éste en todo su esplendor, como habría de aparecer en todos sus escritos hasta la víspera de su deceso. Ni crédulo, ni incrédulo, ni pesimista, ni optimista, ni tímido, ni temerario.

"No nos dejemos engañar, escribía entonces, por la prosperidad material de nuestra república, ni por el brillo superficial de su cultura. El patriotismo exige la manifestación clara, ruda si se quiere, de la verdad. Y la verdad es que existen llagas profundas, que continúan su evolución progresiva bajo la epidermis que al observador poco atento pudiera aparecer completamente sana. Lo acontecido durante el mes pasado [de Mayo, al dominar el patriotismo los conatos anti-patrióticos de los socialistas y anarquistas] significa que aún hay vigor en el alma na-



cional. No nos durmamos con tal convicción...

"Que los hombres de buena voluntad, los de patriotismo intenso protejan la independencia de la Nación y salven al pueblo, llevando hasta el fondo de su conciencia la verdad completa y armónicamente desarrollada, la verdad religiosa y moral, la verdad política y racial, la verdad científica.

Con estas expresiones cerraba en 1910 Monseñor Franceschi su recordado artículo, y esas expresiones fueron desde ese año, hasta el de 1957, su programa: propagar la verdad completa y armónicamente desarrollada, y hemos de aseverar que propagó la verdad religiosa y moral, y la verdad política y social, como nadie lo ha propagado entre nosotros, con tanta intensidad, con tanta continuidad, con tanta excelencia y con tanto éxito.

No fué una voz que clamaba en el desierto, sin dejar eco alguno; fué una siembra continuada y afanosa, y si parte de los granos cayeron sobre piedras y se perdieron, y si parte cayó entre abrojos y cardos, una gran parte cayó sobre tierra de pan llevar y han producido el ciento por uno.

La palabra hablada y la palabra escrita fueron los dos instrumentos con que sembró a diestra y a siniestra, en todos los surcos y en toda la amplitud del país, y no desdeñó, antes se aprovechó, desde 1931, del broadcasting, con lo que su palabra llegó vibrante y certera, iluminadora y orientadora a todos los pueblos argentinos, y aun a las naciones vecinas.

Sociólogo en la acepción plenísima del vocablo, no creyó que habría de ser su objetivo el fundar un sindicato de la Aguja, o establecer un Ropero para los pobres, o participar del trabajo de los obreros en medio de ellos. A raíz de los artículos que escribió sobre los sacerdotes obreros, conversamos con Mons. Franceschi sobre el tema. Nos dijo que era menester leer entre líneas, pues por razones de prudencia había limado sus palabras y embozado sus expresiones. "Cuando joven creí en todo éso."

Comprendía que circunstancialmente podría un sacerdote ocuparse directamente en obras de caridad materiales, pero sabía que las espirituales eran inconmensurablemente más nobles y más necesarias. El *fides ex auditu* era la base de su pensar, y Cristo envió a sus Apóstoles no a recoger para los necesitados, ni a distribuir pan entre los hambrientos, ni a cooperar con el mecánico en el arreglo de llantas, ni a construir paredes, para casas de obreros, sino que los mandó predicar. Todos esos son actos buenos, excelentes, muy del agrado de Dios, pero al sacerdote no le incumbe hacerlos, sino hacer que los no sacerdotes los hagan. Ahí está la misión del sacerdote en las obras sociales, y esa misión la ha de realizar por medio de la palabra. Si predicáramos el "nuevo mandamiento", el que promulgó Cristo en la última Cena, y por desgracia sigue siendo muy nuevo (tan poco es lo que

hemos valido de él), todos los problemas sociales ya habrían sido solucionados. Aquí entra de pleno el aserto de Cristo: buscad primero el reino de Dios y todo lo demás se os dará por añadidura. Nunca reconocimos la grandeza intelectual y el sano criterio religioso de Monseñor Franceschi, como el día que conversamos sobre este tópico.

En otra oportunidad hablamos de la terrible desproporción que había entre lo que podríamos llamar la literatura católica, entendiendo por esta expresión todo el material impreso que contuviera sentido y espíritu católico, y lo que podríamos denominar literatura acatólica, la cual, a lo menos en un diez por ciento, era abiertamente anticatólica.

Un periódico de la fibra de *La Croix* de París era su ideal y su ambición, pero conocía demasiado bien los escasos elementos humanos para una obra de esa envergadura. Se contentó con lo que la Iglesia le dió: *Criterio*. Enormemente simpatizó con esta revista, desde los primeros números, publicados bajo la dirección de su fundador, el Dr. Atilio Dell'Oro Maini, y lo consideraba "demasiado" bueno. Era una revista que, aun en ambientes católicos donde el número de estos fuera mayor y donde el número de escritores también fuera mayor, estaba llamado a languidecer y fenecer. Los números de *Criterio* correspondientes a los primeros años de su existencia, fueron un alarde de esplendor religioso, cultural y artístico, y jamás revista alguna entre nosotros tocó tan alto.

Conocía Monseñor Franceschi demasiado bien a los argentinos, generosísimos para apoyar con sus recursos la construcción de un templo, el establecimiento de un asilo, la fundación de un orfanatrofio, pero insensibles a todo lo cultural. Les afecta la realización de las obras de caridad corporales y materiales, esto es, las visibles y palpables, pero no les llama la atención las obras de caridad espirituales. Estas son demasiado finas. Por otra parte no cabe en ellas una placa con los nombres de los donantes.

No es que Monseñor no contara, aunque sólo de vez en cuando, con algún tímido Mecenas, pero al tomar a su cargo *Criterio*, por voluntad expresa del Sr. Nuncio, no le dió la alcurnia, que había tenido en sus primeros años, y se contentó con la simplicidad externa que ha caracterizado a esa revista desde hace un cuarto de siglo.

Perdió exteriormente, pero a lo menos en un renglón conservó su exterior jerarquía, y en forma envidiable, ya que el artículo de Monseñor Franceschi constituyó, semana tras semana, el principal, cuando no el único mérito de esa revista, que tanto ha contribuido a plasmar la mentalidad argentina y a ilustrar las conciencias. Aunque desprovista de sus elegantes atavíos de otrora, así, en mangas de camisa, pobre pero correctamente vestido, llegaba hasta las manos de quienes solo tomaban en ellas a *Life* y *Matche*.



Semana a semana, como los faros de la luz intermitente, proyectó Monseñor Franceschi sobre la República Argentina y aun sobre toda la América latina, que leía sus artículos, una luz esplendorosa, plena de saber. Jamás descendió un punto de la línea, que se trazó desde el principio, así en lo que respecta a la seguridad de la doctrina, como en lo tocante a la forma de tratarla, y aun cuando su crédito era extraordinario, huyó siempre de la improvisación. Ninguno de sus innumerables artículos fué hijo bastardo o legítimo de ésta. El escribir por escribir, o por salir del paso, como suele decirse, le parecía un ejercicio lícito aunque sandio de estudiante, pero no de quienes tenían sentido de responsabilidad. El escribir era para Monseñor un apostolado, y todo apostolado es cosa santa, y las cosas santas hay que tratarlas santamente.

Se mantuvo siempre inmune de la improvisación, que es el gran vicio argentino, pero además se empeñaba en superarse a sí mismo, día a día, con la lectura y meditación constante y bien digerida de las mejores publicaciones europeas. Francesas e italianas eran las favoritas, y de ellas, como de las demás, sabía extraer y después hacer suyo lo que para tanto bien de sus lectores fué publicando durante tantos lustros en las páginas de *Criterio*.

Jamás imitó o parodió escritos de otros; en los suyos no se hallarán resabios algunos de otras plumas; cada artículo, aunque con ingredientes variados, había salido de sus manos contorneado, según su leal saber y su acertado querer, y marcado con el sello de la sencillez, naturalidad, espontaneidad, precisión y claridad. Ni una línea estafalaria, ni un párrafo indigesto o contradictorio, ni una página pálida se hallará entre tantas como escribió, sobre los temas más variados.

Múltiples y variados los temas, pero el objetivo al tratarlos fué siempre el mismo: el exponerlos, a la luz de la doctrina y de la moral católicas. Por eso puede decirse que Monseñor Franceschi fué el gran maestro que, en las grandes líneas teóricas y en los grandes o pequeños hechos de la vida, nos enseñó a sentir con la Iglesia. Nadie, como él, teórica y prácticamente ha explanado, y más de un cuarto de siglo, aquellas sabias reglas que consignó San Ignacio en el libro de los *Ejercicios Espirituales* y que, mientras fué seminarista, oyó explicar a sus maestros en la vida espiritual, sobre todo a los Padres José Reinal y José Guarda, por quienes conservó siempre un inmenso afecto de gratitud.

Si conforme al Apóstol, es varón perfecto el que no peca con la lengua, tan fácil de resbalarse, hasta por lo mojado del piso, varón perfectísimo hemos de calificar a aquel, de quien puede decirse que jamás pecó con la pluma, o por iracundo, o por afecto desordenado, o por capricho, o por mera superficialidad, y creemos que no exageramos al decir que Monseñor Franceschi jamás pecó con la pluma. Con haber pene-

trado tantas veces en el tintero, sobre ella no hay ni la más leve mancha.

En un artículo improvisado y que escribimos a tambor batiente, a raíz del deceso de Monseñor Franceschi, estampamos estos asertos, y en un artículo de análoga factura, pero de grande envergadura, anotó el doctor Atilio Dell'Oro Maini, otras características de la acción de Monseñor como escritor. En primer término la integridad de la doctrina, expuesta siempre según métodos científicos rigurosos, sin desmedro de su fundamento sobrenatural. El día en que se publique la *Opera omnia* de Monseñor Franceschi, y se haga un índice analítico de todos los temas tratados por él, se tendrá una verdadera *Enciclopedia del pensamiento católico*. Lo abarcó todo. Nada desdeñó, desde el football y las quinielas, hasta el primado de San Pedro y la resurrección de los cuerpos.

Pero como destaca el doctor Dell'Oro no es tanto esa amplitud lo que llama la atención, cuanto esa profundidad de su saber, ya que su conocimiento de los problemas de la cultura contemporánea era cabalísimo y sorprendía aun a los especialistas, que no le creían tan fuerte en tal o cual materia. Sin ser historiador, en el sentido riguroso de esta palabra; ¿quién ha escrito con más acierto sobre la persona y la actuación de Sarmiento? Al lado del ensayo de Monseñor Franceschi cuán baladíes nos parecen los, pretenciosos ensayos de Lugones y de Rojas.

Y notemos con que extraordinaria habilidad, a las veces con cierta intuición, sabía ver las relaciones que esos problemas de la cultura contemporánea tenían con la doctrina y con la moral católicas, y sin desmedro de ninguna de las partes, antes con ventaja de ambas, sabía asentar la verdadera doctrina.

Hasta la víspera de su deceso conservó la vitalidad y hasta la frescura de su inteligencia, y estaba ésta al tanto de las ideas y de la evolución de las mismas, y tenía ya en ciernes, en preparación, en borrador, varias lucubraciones, cuando Dios dispuso de su fecunda existencia.

Gracias a un católico uruguayo sabemos lo que, días antes de su deceso, dijo en Montevideo, y que *Criterio* publicó en su número del 11 de Julio último. El tema era tan de su predilección: *La misión del laico en el mundo contemporáneo*. Cuántos extractos quisiéramos hacer de ese artículo-discurso, pero nos creemos obligados a transcribir uno de los asertos que entonces estampó: "Hay quienes creen que la religiosidad, el cristianismo, está enfermo entre nosotros. No es así; no está enfermo; está vigoroso como nunca lo he visto". Y más adelante: "Hoy día empieza a brotar una verdadera vida católica en nuestros países del Plata. Hoy día existe una juventud que levanta la frente, que no necesita hacer ni actos ni gestos de arrogancia, para profesar su catolicismo, y que es respetada."

Entre esos jóvenes felizmente están los continuadores de su obra. "Monseñor Fran-



ceschi y las nuevas generaciones" es el título que puso el doctor Dell'Oro Maini a las páginas que consagró a este gran sacerdote, y es que aun los jóvenes de hoy, cuanto más los de ayer, veían en él el gran "leader". Se dirá que los jóvenes huyen de los viejos, y es así, pero de los viejos de alma vieja, no de los viejos de alma joven. Espiritual e intelectualmente Monseñor Franceschi no conoció la vejez, y apenas la conoció físicamente. El que la muerte le visitara en Montevideo, a donde había ido para participar de un congreso, bien lo dice.

Tal era el hombre y tal era el gran apóstol de la pluma, el *Doctor Ecclesiae* en tierras argentinas, y aun en las americanas de lengua castellana, pero ese hombre era sacerdote y Monseñor Franceschi vivió su sacerdocio en forma no sólo irrepreensible, pero admirable. Un solo hecho nos persuadiría que era así. Nos referimos al día en que, como sacerdote, llegó a su mayor esplendor, aunque tal vez sea un hecho que la mayoría de las gentes ha olvidado. Nos referimos a la noche del 11 de Octubre de 1934. Los pesimistas esperaban una concurrencia de treinta a cincuenta mil; los optimistas de cien a doscientos mil. La realidad superó el medio millón. Monseñor Franceschi, cuando aquel mar de hombres llenaba la Avenida de Mayo, con las dos plazas en los extremos de la misma, y las calles laterales, ocupó la cátedra, que tal era el box del locutor, y su palabra, propalada por los altoparlantes, llegó a electrizar a esa multitud, como jamás palabra alguna, en tierras argentinas, había llegado a enseñorearse de las gentes.

"*Viri frates, hermanos varones.* Con estas palabras del Apóstol Pablo os saludo en estos momentos..."

No nos interesa lo que dijo a continuación de estas palabras. Ellas por la unción del Espíritu Santo, por la innegable unión del gran sacerdote argentino con Dios, dueño de los corazones de los hombres, produjeron en aquel medio millón de hombres una conmoción pentecostal. Un estremecimiento corrió por la apiñada muchedumbre, que desde aquel momento, palpité como si fuera un solo cuerpo y una sola alma. Allí acaeció algo que no era humano, por superar todas las fuerzas del hombre, y que ni entonces ni ahora acertamos a comprender, si prescindi-

mos de la gracia. El *Gesta Dei per Francos*, fué en aquella noche inolvidable, el *Gesta Dei per Franceschi*.

Es que éste, cuya primera característica fué la virilidad, fué en segundo término el varón de Dios. Sin mogigaterías, sin posiciones o actitudes beatíficas, sin ideologías místicas, antes adverso a las devociones superficiales y a los snobismos piadosos, era un hombre de oración. Por eso, sin duda, fueron tantos los hombres que como Saulo oyeron una voz que les decía: "vete a Franceschi y él te dirá lo que has de hacer", y esa voz daba la razón porque era el escogido: "ecce enim orat", "pues está orando".

Varón santo y por eso varón humilde. Causa y efecto a la vez de su unión con Dios fué su humildad. Como nos refirió en una oportunidad nada había llegado a contristarle tanto como la historia de la apostasía de Lammenais, y pocos hechos le habían espongado tanto el corazón, y hecho ver la acción de Dios por encima de la acción de los hombres, como la retractación *sine glosa* del pastor protestante Juan Enrique Newman, después Cardenal de la santa Madre Iglesia. Entonces, en el caso de Lammenais y de Newman, se había cumplido una vez más la sentencia de Cristo Jesús: Dios exalta a los humildes y humilla a los soberbios, y la exaltación de la robusta personalidad y de la obra fecundísima de Mons. Franceschi es una comprobación de la humildad de su espíritu, como hombre, como cristiano y como sacerdote de Dios.

Y vamos a terminar estas páginas que ESTUDIOS dedica al ilustre prelado argentino y al eximio apóstol de la pluma, con las frases que dijo él, pocos días antes de ocurrir su muerte, pues vale la pena recordarlas:

En la Argentina hemos tenido "otro privilegio, otro don, el don del incendio y de la cárcel. Esto ha sido una gran gracia de Dios. Recuerdo cuando éramos más de cien sacerdotes encerrados en Villa Devoto; lo felices que nos sentíamos! Verdaderamente comprendíamos que, viniera lo que viniera, estábamos trabajando por la Iglesia, con ese silencio, con ese encierro, con esa humillación.

Sí; por la gracia de Dios, fuimos humillados...